

Alexis Ravelo

La otra vida de Ned Blackbird

Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Advertencia	13
I. Mecnografías	15
II. Novelerías	59
III. Correspondencias	87
IV. Inventarios	133
Nota del autor	181

*A la memoria de María Dolores de la Fe,
a quien sigo debiendo una novela.
A la de Francisco González Ledesma,
que un día fue Silver Kane.
A todos los escritores clandestinos.*

«Escribir cartas significa desnudarse ante los fantasmas, que lo esperan ávidamente. Los besos por escrito no llegan a su destino, se los beben por el camino los fantasmas».

FRANZ KAFKA, *Cartas a Milena Jerenská*

«El gran fracaso de la vida no es que uno al final se dé cuenta de que se ha equivocado. Es mucho más desmoralizador pensar que no haya otra manera de actuar más que equivocándose».

SÁNDOR MÁRAI, *Diarios, 1984-1989*

Advertencia

No existe forma no-convencional de contar historia alguna salvo el silencio, que es, precisamente, lo que todo relato pretende destruir.

La historia de la relación póstuma de Carlos Ascanio con Celia Andrade —esa oscura sucesión de hechos que acabó originando el incendio del 4 de diciembre del año pasado— no es una historia común, pero no he buscado una nueva forma de relato para esta crónica.

Los hechos han intentado presentarse de manera más o menos cronológica, más o menos ordenada, más o menos comprensible. He intentado verter todo aquello que sé con certeza sobre este asunto, apoyándome en las declaraciones del principal implicado y en los documentos que él mismo puso en mis manos, los cuales incluyen sus diarios personales. Lo demás —lagunas, motivos y, sobre todo, interpretaciones— queda en manos del lector, que será quien decida, además, sobre la veracidad o no de lo que aquí se cuenta.

I
Mecanografías

Como eso no figura en los papeles, ignoro en qué fecha exacta llegó Carlos Ascanio Sánchez a la ciudad, pero sé que vino para cubrir temporalmente la plaza de Méndez —a Méndez lo había incapacitado inesperadamente un cáncer de próstata— y de ahí infiero que debió de hacerlo, como muy tarde, a finales de agosto. No resultaría complicado averiguar si pasó sus primeros días en algún hostal o pensión de la zona del puerto, aunque el conocimiento de datos precisos al respecto es totalmente innecesario. Lo que nos interesa es que, a mediados de septiembre, tras buscar un alquiler conveniente por todos los barrios del centro, hizo que le mostraran el apartamento B de la segunda planta del viejo edificio situado en el número 21 de la calle Espinosa. Nada demasiado lujoso: una vivienda de tres habitaciones, cocina, cuarto de baño y recibidor, con mobiliario antiguo pero en buen estado. Se la enseñó el propietario de la finca, quien se había presentado como Germán Villanueva con un burocrático apretón de manos.

Villanueva era un hombre de unos cincuenta años, estatura mediana, exacerbada curva de la felicidad y ojillos inexpresivos. Su aspecto general era de una monotonía absoluta. Vestía con pulcritud y se resistía a aceptar con dignidad su alopecia, por lo cual peinaba de lado los cabellos ralos que quedaban en la parte superior de un cráneo ligeramente ovalado. El resto de su fisonomía era, no obstante, muy hirsuta, como si se hubiera cumplido en él la norma según la cual la madurez consiste en que desaparezca el pelo de donde debe estar y surja donde no debe existir.

La barba crecida, la pelusa negra en el dorso de las manos, el vello que nacía en su cogote y se dirigía hacia la espalda, los mechones que le brotaban del fondo de orejas y fosas nasales eran pruebas repugnantemente tangibles de esa teoría. Así lo describe Ascanio en su diario y yo, que vi a Villanueva en una ocasión, constato que no hubiese podido describirlo mejor.

Ascanio disimuló su repulsión evitando las miradas directas, lo cual contribuía a apuntalar la actitud de jugador de póquer que debe tener quien examina una vivienda que se propone alquilar. Conforme a costumbres inveteradas, hizo lo que siempre había oído que ha de hacerse en los preámbulos a los negocios inmobiliarios: revisó la electricidad y el agua corriente, comprobó si había calentador de agua, si la cocina funcionaba bien, si el salón era luminoso, si la humedad había dejado su lepra en algún rincón del techo o las paredes. Todo esto ocurrió mientras el casero enumeraba las ventajas del piso: estaba situado en pleno casco histórico, los vecinos eran gente tranquila, las zonas comunes del edificio se limpiaban regularmente y él mismo hacía las labores de mantenimiento; el precio del alquiler resultaba muy económico, porque la anterior inquilina había muerto hacía unos meses y a él le interesaba ocuparlo cuanto antes. Ascanio sintió curiosidad por la inquilina fallecida. Se trataba, según contó Villanueva, de una señora mayor. Lo suyo había sido repentino. Por causas naturales, por supuesto. No había dejado descendencia y, que él supiera, carecía de allegados.

—Por cierto, algunas de sus cosas están en el cuarto del fondo —dijo, como de pasada—. La verdad, todavía no sé qué hacer con ellas. Como se trata de objetos personales, tengo que conservarlos durante un tiempo prudencial, por si en algún momento se presenta alguien reclamándolos.

—¿Y se van a quedar ahí? —preguntó Ascanio, alzando una ceja.

—Por eso el alquiler es tan módico.

Ascanio supuso que a Villanueva le salía más rentable hacer una rebaja en el alquiler —cosa que dudaba hubiera hecho realmente— que pagar un guardamuebles.

—Por lo tanto, no son tres habitaciones, sino dos.

—Oh, no —dijo el otro, indicándole con un gesto que lo acompañara hasta la habitación de marras—. Son tres: usted puede entrar y salir de ese cuarto cuanto quiera.

Abrió la puerta y le mostró una estancia de unos seis o siete metros cuadrados. Opuesta a la puerta, había una ventana. Una de las paredes había quedado casi oculta por un armario de tres puertas y dos baúles que habían sido colocados uno sobre el otro. Pero el resto de la habitación estaba libre.

—¿Ve? —señaló Villanueva—. Aquí puede poner un cuarto de plancha. O cualquier otra cosa que se le antoje.

Ascanio lo pensó detenidamente. El precio parecía razonable y el piso era uno de los más amplios que había visitado. Estaba a un cuarto de hora a pie de la facultad. No era muy moderno, pero él era amigo de rastros y encantos, de anticuarios, de librerías de viejo. Además, tampoco pensaba vivir allí demasiado tiempo. Permanecería en Los Álamos solamente durante ese curso. Echando un último vistazo, se dijo a sí mismo que podría llegar a sentirse cómodo en aquel lugar. Se volvió hacia Villanueva, que se mesaba la barba por hacer algo mientras Ascanio pensaba, y preguntó cuándo podría instalarse.

Poco más sabía yo sobre Ascanio a mediados del año pasado, más allá de que había escrito un libro sobre la *ecpyrosis** que yo no había leído. Cuando nos conocimos no me resultó antipático; era un individuo amable, aseado y de hábitos silenciosos, cosas de agradecer en alguien con quien has de compartir despacho. Por supuesto, ignoraba sus esfuerzos por dejar de sentirse extraño, tanto en la ciudad como en su casa.

Los Álamos no será una ciudad grande o populosa, pero su planificación desordenada y su vocación portuaria pueden hacer de ella un laberinto para el recién llegado. En esos días previos al otoño, al mismo tiempo que nos cruzábamos en las primeras reuniones departamentales, Ascanio comenzaba a orientarse en el centro, localizando mercados, farmacias, librerías, paradas de tranvía, cines, estancos, oficinas de correos, intentando, en fin, hacer suya la ciudad que jamás fue de nadie.

De igual manera, procuraba que el piso fuera convirtiéndose en un lugar menos inhóspito. En esta tarea lo ayudaron su ordenador portátil, los libros que había podido traer consigo y un tablero de corcho que le hacía compañía desde sus tiempos de estudiante y donde fijó, con chinchetas, una cita de Pico della Mirandola, una postal que representaba *os rabelos* de Oporto, la tarjeta de una exposición de Óscar Domínguez

* Ascanio Sánchez, C.: *La ecpyrosis: el fuego en la ontología desde Heráclito hasta Elías Canetti*, Barcelona, Noûs Editores, 2008.

y un folio en el que figuraba su cuadrante horario para ese año lectivo.

Todo ello lo instaló en la más luminosa de las habitaciones, junto a una ventana que daba a la intersección con la calle General Ramírez, al fondo de la cual podían divisarse los primeros árboles del parque de Los Besos Robados. El escritorio y las estanterías insinuaban que su predecesora había destinado ese cuarto a un uso similar. A ratos, se preguntaba cómo había sido aquella mujer. Por la plaquita del buzón, que nadie se había molestado en sustituir, sabía que se llamaba Celia Andrade Santana. Por lo demás, constituía un misterio. Ascanio quiso imaginarla como una persona reservada y tranquila. Acaso porque conocía a algunas ancianas así, cuando oyó hablar a Villanueva sobre ella, la había encasillado en un estereotipo dentro de cuyos estrechos márgenes había discos de copla, revistas del corazón, discusiones acerca del precio de la merluza y tardes de rosario. Sin embargo, aquel despacho no encajaba en ese perfil y comenzó, ya desde entonces, a despertar su curiosidad, mientras introducía en él otros objetos que fue adquiriendo en sus paseos: un póster que reproducía una lámina de Escher, una caracola del tamaño de un puño que sería un excelente pisapapeles, un vaso de cerámica para poner lápices.

Dio igual: una vez instalado, no solo el despacho, sino la vivienda en su conjunto continuaban resistiéndose a la familiaridad. Las paredes no resultaban acogedoras, el suelo era demasiado frío, la cama ahuyentaba el descanso. Era como si la casa acogiera a un huésped de paso, como si el apartamento entero no fuera más que un gran cuarto de invitados en el que Celia Andrade le había permitido pernoctar a regañadientes.

Así que sí: estaba instalado; pero, intuyó, no estaba instalado en absoluto.